

SESION NECROLOGICA EN MEMORIA DEL ILMO. SR. D. JUAN BERNIER LUQUE. ACADEMICO NUMERARIO DE LA SECCION DE BELLAS LETRAS.

JUAN BERNIER, DESCENDIENTE DE COLONOS

Cuando la Real Academia de Córdoba fue invitada por este ilustre Ayuntamiento a celebrar un acto de homenaje al insigne cartolteño Juan Bernier, no dudé un instante en intervenir en el mismo, justificado no en la alegación de una amistad más o menos intensa y en un conocimiento de su persona y obra profundo —aunque tal existiera sin escalar a tan altas cotas—, sino que habría de partir de la premisa de mi dedicación al estudio del hecho colonizador carlotercista.

Desde esta tribuna se han escuchado hoy y se seguirán oyendo voces muy autorizadas que dedicarán su verbo a la exaltación de su obra poética por tantos admirada y a sus conocimientos sobre arqueología provincial, de la que tantas pruebas escritas ha dejado, y, sobre todo, de su honda humanidad. Pero, es posible, que no se recuerde al hombre que acuciado por sus ancestros se volcara en vida en el cariño y el amor hacia su patria chica, plasmado todo a través del intento de profundizar en el conocimiento de los orígenes y desarrollo histórico del pueblo que le vio nacer. En este aspecto de su compleja personalidad, quizá menos público y, por supuesto, menos extrovertido en sus manifestaciones como hombre de coloquio, que le vincula con los más fuertes lazos espirituales a su tierra, es en el que quien os habla va pretender destacar con un mayor énfasis.

Juan Bernier descendiente de colonos. Heredero directo de aquellos hombres provenientes de lejanos lugares, centroeuropeos, como muchos de los que estais presentes, dedicados en cuerpo y alma a transformar las entrañas de aquellos baldíos en tierras de pan llevar, para que el fruto de su trabajo fuese capaz de levantar y sostener en progreso aquellos nuevos pueblos surgidos gracias a la plasmación del ideal ilustrado. A los descendientes directos del insigne carlotecista hoy motivo de homenaje, los encontramos ya censados en el primero de los padrones parroquiales levantados en 1769, como control eclesiástico de cumplimiento pascual en la capital de las Nuevas Poblaciones de Andalucía. Ellos, como el resto de los emigrantes extranjeros y españoles, constituirán la pieza clave del desenvolvimiento de la Real Carlota, puesto que su aportación personal —así estipulada en el fuero especial concedido— se plasmó, no sólo en la roturación de las «suertes» y en el levantamiento de sus viviendas, sino también en la construcción de los edificios públicos que daban albergue a los servicios administrativos indispensables para el buen funcionamiento de las colonias.

Palacio del Intendente, iglesia, pósito, cárcel, posada... La Real Posada... ¡Qué encontradas vivencias y emociones! ¡Qué gratos recuerdos suscitaba este noble edificio en el corazón del hombre que ahora homenajeamos! Nace Juan Bernier dentro de sus muros. Su afecto hacia este monumento arquitectónico barroco, considerada su fachada por Jesús Rivas como una rítmica sucesión de arcos, era bien conocido.

Quizá una de las motivaciones de afianzamientos de los vínculos que unían al que os habla con el poeta-arqueólogo fue esta construcción, especialmente predilecta para él por las circunstancias reseñadas. Si nuestros primeros contactos tuvieron como inicio mi dedicación al tema colonizador, volcándose en atenciones y ayuda hacia mi persona, este afecto se vio sobreabundantemente ratificado cuando a partir de una de mis visitas al Archivo Histórico Nacional pude rescatar un documento —del que le hice entrega— en el que con muy cuidada minuciosidad se va describiendo el proyecto inicial del levantamiento de aquella posada que habitó en

los primeros años de su niñez. Su agradecimiento fue notable y yo, en el día de hoy, como dedicación a su persona y una explicitación ante sus paisanos del afecto profundo que sentía este hombre de bien hacia su tierra, voy a transcribir con brevedad.

Don Fernando Quintanilla, nombrado ya subdelegado de las Nuevas Poblaciones de Andalucía, se dirige desde San Sebastián de los Ballesteros, en septiembre de 1768, al Superintendente D. Pablo de Olavide, comunicándole la idea de construir una posada en el lugar de La Parrilla, cuando ya había comenzado el alzamiento urbano que compondría La Real Carlota. Dice textualmente que «constaría de veinte varas de frente y ocho y media de fondo, partida esta latitud con unos arcos lo más delgados que pueden para que los enmaderados mueran en ellos y tengan pocas cimbras. En un extremo formaré seis cuartos con citoras de tres varas en cuadro, dejando en medio vara y media de hueco para su comunicación. En el otro extremo, un cuarto de cuatro varas para el posadero con puertas a la cocina, que lo será el resto de este testero. Y me queda libre un portal de siete varas para que francamente puedan entrar los carruajes. A las tres varas de altura se pondrá el entresuelo y sobre los arcos se levantarán los pilares para que, poniendo planchas de madera vengan las maderas bien del tejado. Y tendrá los mismos cuartos que abajo, dividiendo el resto del hueco para pajar y tener cebada. Y todo el cuerpo será de seis varas de alto.

Un patio de veinte varas en cuadro para que puedan entrar en él los carruajes y tomar vuelta. En el testero del fondo una caballeriza de seis varas de ancho para dos pesebreras y poniendo en medio pilares. Sobre ellos planchas y nada encima, se acomoda el tejado con maderas cortas. En los costados dos caballerizas de tres varas y media de ancho cubiertas con colgadizo y pajar encima».

Estas son las líneas básicas e iniciales en la ejecución de aquella Real Posada, descanso de viajeros transitadores del camino real de Andalucía abierto por Le Maur durante el reinado del tercer Carlos y lugar de nacimiento de Juan Bernier.

Su afecto hacia mi persona se redobla a partir de la recepción de esta carta y nuestras charlas, tanto en su domicilio particular como en la terraza de Sirocco, versaron casi siempre sobre colonización, prueba inequívoca de su interés hacia esa temática. Aunque su salida de aquel edificio se produjo en plena niñez al trasladarse a Las Pinedas, uno de los departamentos, por necesidades familiares y en donde, como anécdota un tanto curiosa, añadiremos que dedicó sus tiernos años a ayudar a misa y a aprender latín de manos del párroco de turno, nunca llegó a borrar de su memoria el lugar de su nacimiento. Su carácter vitalista no impidió que anidase siempre en él un recuerdo íntimo y afectivo hacia aquel edificio funcional que, como otros de la época magistralmente descritos por el inglés Barrow, fueron cuna de una picaresca de caminantes, bandoleros, truhanes y forajidos mezclados con la gente sencilla del pueblo.

La nostalgia colonizadora fue siempre una constante en su pensamiento. A pesar de su residencia permanente en la capital, con frecuencia hacía escapadas a su pueblo natal acompañado de algún amigo pasando desapercibido de todos. Allí se extasiaba contemplando los edificios públicos, pura vivencia representativa del fuero especial que rigió aquellas nuevas poblaciones. Sentado en la mesa de un bar o paseando por la calle dedicada al más esclarecido de los Borbones, sus ancestros hacían revolver en sus entrañas unos orígenes a los que nunca renunció y siempre dedicó singular cariño. Sin un reflejo patente en su actividad poética, la pasión por el hecho colonizador y, consiguientemente, por el pensamiento ilustrado —pues fruto de éste fue el anterior— se reflejaron no sólo en sus disquisiciones especulativas, sino que llegaron a plasmarse en capítulos a ella consagrados. Prueba fehaciente fue su colaboración en la revista «Omeya» sobre el II Centenario de la fundación de las Nuevas Poblaciones de Andalucía; en la elaboración del informe elevado por este ilustre Ayuntamiento en solicitud de una insignia heráldica para la localidad —y en el que puso todos sus saberes sobre el tema—, así como en la bellísimas páginas que

le dedica en ese monumento arqueológico-literario que es su libro «Córdoba, tierra nuestra», amén de la redacción casi en exclusividad en el «Catálogo Artístico y Monumental de la provincia de Córdoba» del capítulo sobre La Carlota.

En sus líneas se proclama ardiente defensor del ideario de la Ilustración, contra la cerrazón y el caciquismo imperante en la sociedad de la época. Procuró, además, por todos los medios a su alcance, estimular a todos aquellos que intentaron ahondar en el estudio de esta parcela de la historia dieciochesca, tan vinculada a sus orígenes y que, quizá, la llamada constante de sus predecesores hacía prevalecer dentro de la multiplicidad de sus facetas vitalistas.

Así era y así fue Juan Bernier, descendiente de colonos y colono él por derecho propio de esta Real Carlota, que hoy se une y apiña en torno a su recuerdo al dedicarle este homenaje, al que humildemente hemos contribuido.

Pero no quisiera finalizar mi intervención sin exteriorizar un ruego al Sr. Alcalde, como representante municipal. Y es el de sugerirle colocar en la fachada de esa Real Posada una placa que recuerde el lugar de nacimiento de tan ilustre carlo-teño.

Rafael VAZQUEZ LESMES

*

A PROPOSITO DE UN RECINTO

IBERICO EGABRENSE

Por tratarse de uno de los temas favoritos de Juan Bernier y que tan bien estudió, hemos querido añadir alguno más a la larga lista que él trabajó: los recintos ibéricos. Sirvan, pues, estas líneas de justo homenaje y recuerdo.

La zona de Cabra es interesante por los recintos ibéricos que en ella existen. Se ha discutido mucho sobre la finalidad de estas plazas fuertes, siendo dos las explicaciones más verosímiles: su utilización para controlar los pasos obligados de unas zonas a otras o bien como puestos defensivos avanzados, colocados en situaciones dominantes y divisándose uno desde otro, como veremos más adelante. La panorámica, por tanto, desde éstos suele ser muy amplia.

Entre Cabra y Nueva Carteya se hallan los recintos de «El Caserón del Portillo», el de «Plaza de Armas» y el de «San Nicolás», los tres registrados y estudiados en su día por Juan Bernier y Javier Fortea (ver *BRAC* n. 65, diciembre, 1963). Hay, sin embargo, otros de igual interés, de los que hoy vamos a referirnos al de «La Merced». Está situado éste a unos 5 kms. de Cabra en la margen derecha de la carretera que conduce a Priego. A primera vista parece que se encuentra aislado de los demás, pero no es así, ya que se comunica con los del camino de Nueva Carteya citados por otro intermedio, el llamado de «El Chifle»: desde éste, desde su «sillón de la reina» se puede contemplar una panorámica general de la ciudad de Cabra y al fondo muy difuminados los recintos de Nueva Carteya; el de «La Merced» se ve perfectamente ya que sólo los separan unos 3 kms. en línea recta.